

ACHELI PANZA

LEER ES
FUTURO





CAMOATÍ

ACHELI PANZA

* ILUSTRADO POR: **IRANA DOUER**

**Encontrá más títulos de la colección en:*
www.cultura.gob.ar/leeresfuturo

Panza, Acheli

Camoatí / Acheli Panza ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Irana Douer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015. 68 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco; 31)

ISBN 978-987-3772-93-1

1. Cuento. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Douer, Irana, illus. III. Título. CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

Ministerio de Cultura

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

ACHELI PANZA



POSADAS, MISIONES, 1974. Cuentos suyos fueron incluidos en la antología *Relatos deliberados* (Textos Intrusos). Su primer libro publicado es *Santoral* (Blatt&Ríos). Es Licenciada en Psicología. Vive en Buenos Aires.

IRANA DOUER



BUENOS AIRES, 1984. Es Licenciada en Artes Visuales (IUNA) Participó de diversas muestras a nivel nacional en Mar del Plata, La Plata, Buenos Aires, e internacional en Estados Unidos, Chile, Finlandia y Canadá. Publicó en diversas revistas entre otras: Revista 90+10 # 46, *Frankie Magazine* #56 (Australia), *Bitch Magazine* #59 (USA), *Vara Gids* #18 y #19 (Holanda), *Espartillal*, boletín de cultura y diseño (Colombia). Ruby es su galería de arte.
> www.galeriaruby.com.ar. Para ver más de su obra: > www.keepinmind.com.ar

EL CERRO PELÓN

Nací un día de pleno verano en la mitad de 1970. Soy la segunda hija mujer de una familia que esperaba un varón. Las pocas fotos que pude rescatar después de la muerte de mamá son las de un bebé vestido de celeste en un moisés celeste y blanco. “Vicente” era el nombre que me iban a dar, me terminé llamando

Silvia, aunque todos me dicen Chente. Nací en el Cerro Pelón, viejo barrio de Posadas, a orillas del río Paraná. Toda la familia vivía en esa manzana. Mi tía Piedad tenía su casa pegada a la nuestra, del otro lado estaba mi abuelo y a la vuelta, la tía Cariño. Todas las casas se conectaban por pasadizos internos; en algunos casos eran túneles; en otros, puertas pequeñas. De chicas, cuando podíamos escapar de la siesta, nos gustaba escurrirnos por esos pasadizos y llegar al paraíso, que era para nosotras la pileta y el jardín de la tía Cariño. El silencio y la soledad de la siesta eran

inalterables, por eso aprendimos desde muy pequeñas a ser invisibles. Ser invisibles era nuestra forma de libertad.

No estábamos solas, siempre nos acompañaba Arturito, nuestro primo, el menor de los hijos de la tía Piedad. Todos los días después de comer, mamá nos obligaba a acostarnos. Nosotras obedecíamos pero cuando escuchábamos la respiración pesada del sueño de mamá y papá, salíamos livianas, flotando por la ventana del cuarto, hacia el patio de la casita. Ahí, del otro lado del muro, nos esperaba Arturo. Él ya tenía su oído entrenado a esos

movimientos silenciosos nuestros y no había que esperar mucho para verlo surgir por arriba del muro. Su cara iba apareciendo con una sonrisa por sobre los ladrillos. Ahí nomás nos escapábamos a la pileta. Una vez le pregunté a Arturo cómo subía el muro todas las siestas. “Yo puedo volar”, me dijo.

La secuencia era la siguiente: escapábamos por el pasaje que unía nuestro patio con el lavadero de la casa de la tía Piedad, a partir de ahí, los tres juntos seguíamos por un pasillo larguísimo hasta una puerta pequeña que conectaba directamente la casa de la tía Piedad

con la del patio de la tía Cariño. La puerta estaba siempre cerrada, era de chapa, pero corta y dejaba por debajo un espacio por el que pasábamos los tres con total tranquilidad. Llegar al jardín y después a la pileta de la casa de la tía era la gloria. Nuestros cuerpos sabían naturalmente el tiempo que teníamos para estar ahí. Hoy no sé cómo pasaba pero sin mirar el reloj sabíamos el tiempo exacto disponible y nunca nos falló. Volvíamos frescos a acostarnos en la cama y hacernos las dormidas para cuando se levantara mamá a despertarnos.

Mis padres trabajaban de mañana y de tarde y con Nina, mi hermana mayor, pasábamos mucho tiempo juntas al cuidado de una empleada que cambiaba cíclicamente. Mi mamá volvía a la noche, para la cena, con las compras del día. Cenábamos y nos íbamos a dormir. Cuando estaban mis padres hablábamos poco, porque los chicos no tienen que hablar en la mesa, tampoco cuando está el padre descansando y menos después de cenar. También hablábamos poco entre nosotras. Nuestro lenguaje era el juego y los cuerpos moviéndose. Jugábamos al futuro, a crecer,

a ser constructoras de naves espaciales, a fabricar nuestros propios juguetes y nuestros propios billetes para comprar esos juguetes. La que mejor los hacía era la que vendía. Las únicas muñecas que teníamos eran unas étnicas que nos trajo el tío Coco de un viaje a Europa; a mí me había tocado la japonesa con Kimono y pelo oscuro peinado con dos rodetes a los costados, y a mi hermana, la sueca con chaleco, doble pollera y suecos, rubia con trenzas y pañuelo en la cabeza. Cada muñeca venía en su caja con un fondo dibujado del paisaje de origen, lleno de colores

fuertes haciendo juego con los colores del vestido. La caja con la muñeca adentro era tan grande como nosotras al recibirlas, creo que fue por eso que mamá consideró que no estábamos capacitadas para cuidar semejante regalo y las muñecas quedaron de adorno, ubicadas en sus cajas, paradas para que se vieran, arriba del placard de nuestra habitación.

El otro juguete que tuvimos fue una fábrica de hacer Pitufos que nos regalaron para un día del niño, ni antes ni después volvimos a tener regalo por el día del niño, y aunque me lo pregunté muchas veces nunca supe el porqué

del regalo. Mi hermana para entonces ya tenía catorce años y yo diez, así que la fábrica de Pitufos no fue tan valorada por nosotras como se merecía.



EL REFUGIO

Todos los fines de semana nos trasladábamos a la casa en el refugio.

Preparar el bizcochuelo, la pastafrola, galletitas para dos o tres días, la harina para hacer los buñuelos de espinaca. Carbón para el domingo y la carne en la conservadora. Leche en polvo, jugo concentrado Mocoretá y los

fósforos que mamá siempre olvidaba y por los que había que volver.

Para llegar hasta ahí teníamos que atravesar un campo privado, abrir y cerrar tranqueras, pasar un monte y finalmente la casa a orillas del Paraná.

Si el domingo se levantaba con lluvia, volvíamos antes del mediodía comiendo torta frita. La hija del casero del campo a veces volvía con nosotros. En sus manos partía la torta frita y se la llevaba a la boca como pidiendo permiso.

Nuestra casa del refugio era humilde. De tablas de madera pintadas de verde. El living

tenía puertas transparentes de tanza, una cocina en la que entraba una sola persona y un baño. Del río le venía el agua con una manguera que llenaba el pozo y la luz era por el sol de noche. A un costado, el quincho con mesa y banquetas. Al frente de la casa, la galería que balconeaba al río.

De las casas, la primera era la de Tití, el cuidador. Le seguía la de los brasileiros, esa casa tenía generador que le regalaba heladera con cubitos de hielo y a la noche una luz que iluminaba toda la costa. La tercera era la de don Woto, de ladrillos a la vista. Esa casa tenía

una presencia elegante. La nuestra era la última y nos seguía la selva: cerrada, misteriosa y oscura.

Nosotros íbamos siempre con el abuelo y el tío Rubi. A veces venía también Arturito cuanto la tía Piedad lo dejaba. A los hombres les gustaba ir a pescar ni bien llegaban. Preparaban todo y salían. Las mujeres limpiábamos. A mi hermana y a mí nos tocaba barrer la galería y el quincho. Era lindo porque las escobas eran viejas y estaban todas desarmadas.

—Para afuera sirven igual —decía mamá. Más de una vez barrimos con ramas viejas de

las que caían hojas secas que se mezclaban con las que barriamos. Al terminar la limpieza, salíamos a pasear por la orilla del río. Así descubrimos senderos que nos comunicaban con otras playas. Cuando llegábamos, pasábamos las tardes sentadas en las piedras. Los pies en el agua, una caña de pescar y un balde. A nosotras nos tocaba conseguir los peces chicos que después los hombres usaban de carnada. Los pikies tienen que estar vivos para que sirvan. Por eso cuando pescábamos alguno, teníamos que ser cuidadosas al desenganchar el anzuelo sin lastimarlo. Si

alguno quedaba muy mal, lo matábamos y lo abríamos para escarbar por dentro. Buscábamos investigar de qué se trataba la vida al sacarle cada parte. Las agallas y el corazón, que a veces todavía palpitaba en nuestras manos. Los ojos blandos y resbaladizos. Esos momentos nos divertían mucho. Una vez encontramos una víbora muerta y la cortamos a la mitad, se escurría en nuestras manos porque el cuero estaba seco por sol, nos cansó y la tiramos al río. Otra vez a mi hermana le mordió una piraña en el dedo gordo del pie. Le sacó un pedazo y durante muchos años le quedó

una marca. Desde ahí, cuando pescábamos una piraña creíamos justo tirarla en la costa y matarla con un palo. Después la partíamos por la mitad, como a todos los muertos. Pero a ella también le arrancábamos los dientes. Se los arrancábamos de a uno, moviéndolos para aflojarlos hasta que iban saliendo.

—Si estás tranquila y no hacés movimientos bruscos, nunca te va a atacar un animal en el monte. Los animales solo reaccionan con violencia cuando se sienten amenazados —nos decía siempre papá.

Una mañana estábamos en el muelle mi

hermana, Arturito y yo. Ellos tenían casi la misma edad y fue por esa época que se enroscaban cuchicheando con palabras raras, para que yo no entendiera de qué hablaban. Yo no me quería perder de nada, entonces, me quedaba quietita, sentada en el muelle, con los pies colgando en el agua y la caña, como si estuviera pescando. Ellos siempre me daban la espalda, y cada tanto se acercaban para contarse al oído un secreto. Yo estiraba lo que más podía la oreja para escuchar sin que se dieran cuenta. A mi hermana le gustaba mirarme con desconfianza y después mirar a Arturito, como

si yo fuera un espía que estaba siempre en la mira. Ese día le pregunté a mi hermana si sabía si estaba en la casa, pero no me contestó. Tráteme mal a propósito tenía más sentido en esos momentos. Me cansé y me fui. Levanté mi caña, me paré y salí caminado por la orilla hacia la casa. Era casi el mediodía y el sol pegaba fuerte. Yo tenía zapatillas y no quería mojarme, entonces me cuidaba de caminar entre la arena y el pastizal, sin pisar agua. Estaba enojada por lo que había ocurrido recién, pensando en llegar y contarle a mamá que mi hermana todo el tiempo me buscaba pleito,

pero mucho más quería contarle su cuchicheo con Arturito. Yo sabía que a mamá no le iba a gustar que se acercara tanto, tomándolo del hombro para hablarle bajito al oído. Mamá ya la había retado fuerte otras veces por verla cerca de Arturo.

—No te cuelgues del nene. No lo sobes, no te quiero ver encima. La próxima vez que te vea tan cerca, vas a ver. Le voy a contar a tu padre —le decía.

Cuando pasaba eso, mi hermana salía corriendo a la pieza o hacia afuera, llorando con bronca. Yo me quedaba cerca de mamá, para

preguntarle si necesitaba algo. No muy rápido, dejaba pasar el tiempo justo como para que no siguiera su enojo conmigo.

Pensaba eso, mientras caminaba por la orilla hacia la casa. Mamá me va a agradecer y por eso me va a abrazar cuando le cuente. Planeaba tranquila mi venganza cuando empecé a escuchar un ruido extraño en el pasto que me acompañaba y llamó mi atención. Miré hacia el pastizal, para ver si percibía algún movimiento, pero no vi nada. Miré hacia el río que iba y venía con una corriente tímida que mojaba la costa. Miré hacia el cielo y enseguida

corrí la vista porque el sol me quemaba los ojos. Seguí caminado, manteniendo mi paso, hasta que, justo antes de encarar para atravesar una canoa encallada, salió una yarará del pasto y se enroscó como para saltar. Pasó tan cerca de mí que casi me rozó el pie. No seguí para adelante. Me moví serena hacia el muelle. Caminé hacia atrás de a un paso, sin darme vuelta. Como si mi vida de torpe por apurada, como decía mi hermana, no hubiera sido mía. Me alejé tan tranquila que, creo, estoy segura, me camuflé con la arena, el sol y el pasto. Recién cuando estaba a unos cuantos metros

de la yará, me di vuelta y apuré el tramo que quedaba. Cuando llegué le conté lo que había ocurrido a mi hermana y a Arturito. También les ofrecí llevarlos hasta el lugar de la yará. Ellos rieron y por supuesto que no me creyeron. Era imposible que yo hubiera sido digna de semejante aventura. Igual por la dudas esa vez me quedé esperando para volver los tres juntos por el sendero y ya no me importó espiar lo que ocurría entre ellos, ni sentir que me ignoraban. Yo tenía mi propia historia.



TALavera

Su cuerpo dio media vuelta y la humedad del colchón, embebido en transpiración, le dio frío. Se levantó, pesada. Miró a su hermana desparramada en la cama, boca abajo, las piernas le sobresalían; era tres años menor pero ya la igualaba en altura. Se asomó por la ventana y achinando los ojos pudo ver por los

agujeros de la persiana de madera que su papá estaba limpiando la lancha.

—Tshhhh —moviendo el cuerpo de su hermana—, Orli, levántate. Dale, levántate.

Pensó en aplaudirle en la oreja para despertarla (así las despertaba su madre para ir al colegio) pero se acordó de cómo se fastidiaba y tuvo compasión. Sacudió con fuerza el cuerpo húmedo de su hermana, pero apenas consiguió unos quejidos guturales y uno que otro manotazo.

—Déjame dormir, hoy es domingo.

Cómo puede dormir con tanto calor, pensó.

Se había olvidado que hasta hacía pocos minutos ella también dormía profundamente. Caminaba por el pasillo y el calor húmedo le abrazaba el cuerpo a cada paso. Llegando al baño vio a su madre subir la escalera.

—Andá al baño y cambiate, que papá necesita ayuda con la lancha.

A su madre le gustaba dar órdenes de acciones que ya se estaban llevando a cabo o que eran inevitables de todas maneras.

—¿Y Orli? ¿Sigue durmiendo? Vos preparate y andá a ver qué quiere tu padre, yo me ocupo de levantarla.

Bea agarró un puñado de galletitas dulces y salió al patio.

—¿Y Orli, no se levantó todavía? Pucha, que lástima. Bueno, andá a buscar la caja de herramientas. Sabés dónde está la caja de herramientas, ¿no? No, no, ¿sabés qué? Dejá nomás. Ahora cuando se levante Orli le pido a ella.

Se quedó sentada en la cocina, el brazo derecho desplegado sobre la mesa redonda y el otro brazo colgando, desilusionado. Así estaba cuando pasó Orli caminando rápido hacia el patio, dejando a su paso un rastro fresco.

Las indicaciones iban y venían sin dilaciones. Todo fue rápido porque Orli sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—¿Cuánto piensan estar en el río? Está bien, me da el tiempo justo para preparar la comida tranquila. Y esta vez lleven a Bea, no quiero que se quede toda la mañana acá sin hacer nada.

—¿Bea, querés sentarte vos adelante esta vez? —le ofreció Orli.

Bea no contestó, solo se subió al auto por el asiento del acompañante y apoyó su cabeza sobre el borde de la ventanilla abierta.

Miraba fijo hacia fuera. En el viaje no participaba de la charla, toda su atención estaba dirigida a unas nubes negras, que se acercaban lentamente, despertando cierta inquietud. Esas nubes le recordaron que la noche anterior no se había podido dormir pensando en la muerte. No hacía mucho tiempo que había empezado a pensar en la muerte, que había entendido de qué se trataba la muerte: desaparecer, dejar de existir, no estar en ningún lado, y que al mismo tiempo todo siguiera igual. De morirse en dos semanas ya nadie más pensaría en ella. La tele iba a seguir

pasando los mismos programas, la novela de la tarde que a veces miraba iba a continuar, los perros del barrio iban a seguir ladrando, su madre pronto volvería a pensar en las vacaciones y su hermana en cuándo le crecería el pelo. Desparecer, esa idea la acompañaba rumiante y pegajosa. Para matizar al miedo, lo localizaba en el cuerpo, se buscaba un dolor. Empezaba indefinido, por lo general por debajo de la costilla izquierda, y poco a poco se intensificaba. Y cuando pensar en el dolor no le alcanzaba, inventaba historias, elegía un personaje de la familia o cercano y le

inventaba una vida, una vida de fantasías heroicas, de película, aventurera.

Anoche se había acordado de don Talavera. Sabía, por lo que comentaban el padre y el tío, que Talavera vivía en una isla del Paraná. Una vez lo había mordido una yarará y se había curado solo. Se comentaba que el hombre tomaba mucho, sospechaban que eso lo había salvado del veneno. También se comentaba que en la desesperación de la picadura había tomado kerosene, pero el viejo se salvó.

Una vez le preguntó a su tío por Talavera. “Ese es el amigo de tu papá”, le contestó, pero

no le dijo por qué. Su papá le compraba pescado fresco, que el viejo guardaba vivo en jaulas debajo del agua. Una vez lo vio, ella estaba en el bote y vio cómo el viejo sacaba las jaulas. Le faltaba un ojo y el que le quedaba era totalmente blanco, veía con ese. El párpado del ojo faltante estaba levemente hundido y pegado. Esa vez le habían llamado la atención las moscas que se posaban en la comisura del párpado pegado, el viejo no se las sacaba, ni se inmutaba, una parte de su cuerpo ya estaba muerto y le pertenecía a las moscas.

En su historia, Talavera era un contrabandista. Tenía una finca en la que se cultivaba arroz para encubrir su verdadero trabajo. Desde la galería de la casa —extendida por cincuenta metros toda en planta baja, toda pintada de blanco— un comando, dirigido por él, abría fuego. Los disparos, intermitentes y ruidosos, barrían la zona nordeste de los jardines tratando de concentrarse en el sector del muelle.

Desde la costa del Paraguay iban llegando, incesantes, los contrincantes en distintas embarcaciones y emplazados en los pedregullos. Adentrados en el río, bombardeaban

el sector norte, la zona del jardín y el frente de la residencia. Los tejados se iluminaban irregularmente por las piezas estalladas. Los árboles se iluminaban como si estuvieran bajo el influjo de fuegos artificiales, disuadiendo a los hombres de Talavera y a cualquiera que intentara establecer una defensa armada.

Al poco tiempo de comenzar la batalla, ya habían llegado infiltrados a la casa, y tal como se les había ordenado, inutilizaron el motor que proveía luz. La oscuridad y los ruidos estentóreos terminaron por ganar el pánico de la tropa de Talavera, que a esa altura solo

pensaban en huir.

Después del estallido de la camioneta, Talavera, acorralado, también decidió huir, pero hacia la isla del medio, en donde le quedaba un búnker que había construido tiempo atrás. En el muelle, subiendo a la lancha, se dio la pelea final, cuerpo a cuerpo. Cardozo, “el carnicero”, sacó el facón y se tiró sobre Talavera, decidido a ajusticiarlo. El cuerpo de Talavera golpeó fuerte contra el piso de la lancha. Se levantó y como pudo se arrastró hasta la popa. Su idea era tirarse al río para sobrevivir. Pero antes de poder tirarse, y de un solo movimiento,

certero y ágil, “el carnicero” le sacó el ojo izquierdo. Fue un ataque quirúrgico, a tal punto que tardó poco tiempo en acostumbrarse a un ojo menos, casi como si el ojo faltante hubiera estado de más en su cuerpo.

—Orli, yo voy al muelle y con la soga empujo la lancha. Vos ayudame empujando con los remos.

La proa se despegó del agua y salpicó la cara pecosa de Orli. Bea estaba sentada en la popa y la estela también la salpicaba. Se secaba las ojos y miraba cómo las nubes tapaban el sol del mediodía.

—Papá, me parece que tendríamos que volver.

El padre estaba parado con una rodilla apoyada en el asiento, con una mano en el volante y la otra en la palanca acelerador. Morigeró la marcha.

—Pasamos por la isla del medio y volvemos.

Cuando la lancha se detuvo, se sentía la espesura del aire, y como en cámara lenta pasaron por arriba de la playa de arena que todavía se veía debajo del agua.

—Con esto de la represa van a desaparecer todas la islas que tenemos acá —dijo el padre, mirando con melancolía la copa de un árbol

que sobrevivía, por ahora, a la inundación. Cuando dio la vuelta para volver, el cielo se terminó de cerrar, el día se volvió noche y un viento hostil levantó unas olas de mar en pleno río. El padre mandó a Orli a sentarse atrás junto con Bea, y apagó el motor. Las olas levantaban la proa de la lancha, parecía que en la próxima se daba vuelta.

—Vamos a agarrar las olas de costado. Ustedes con las latas que hay ahí saquen el agua que está entrando. Yo con el remo voy a intentar acercarnos a la costa de la isla del medio.

La lluvia caía cerrada y, como un telón, no

permitía ver nada. Del calor pasaron al frío. Bea pasó del miedo a la desesperación, lloraba pero la lluvia le camuflaba el llanto. Parecía que se iban a quedar siempre ahí, en el infinito blanco de la tormenta, en el medio del río. Cuando se empezó a consumir la tormenta se sorprendieron por lo cerca que estaban de la costa, sentían que les faltaba poco para tocar la orilla. La lancha, completamente detenida, se movía con el vaivén de las olas. El padre largó el volante y caminó hasta la popa, se inclinó con cuidado para no caerse.

—Me parece que la hélice quedó trabada

con una red de pesca. Sí, eso es lo que pasa. Vamos a hacer lo siguiente: vos, Orli, te vas a tirar al agua y vas a tratar de desenredar la hélice. Te voy atar una sogá. Bea, vos que sos más pesada, te vas a quedar acá, sosteniendo la sogá. Yo voy a ponerme al volante para seguir dando dirección a la lancha y que no corte las olas.

Orli se tiró al agua con la sogá atada a la cintura, apurada y obediente. Bea la sostenía parada en el borde derecho de la popa. Un tirón fuerte la sorprendió y soltó la cuerda. Se quedó mirando cómo la sogá se perdía en el río.

Pensó en tirarse, pero no se animó, tampoco se animó a decirle lo que había ocurrido a su padre. Se quedó parada, con la mirada clavada en el río. Los minutos pasaban y ella se veía en esa situación, desde arriba.

—Ahí se destrabó la hélice. ¿Y la sogá? ¿Qué pasó con la sogá?

Bea escuchaba, pero de lejos. No estaba ahí. El padre intentó empujarla para el centro de la lancha, pero Bea no sintió nada. En ese momento vio la mano de su hermana, que surgía del río. Se recostó para agarrarla con tanta fuerza que la levantó con un movimiento

certero. Orli cayó sobre su hermana y las dos quedaron tendidas en el piso de la lancha. Bea volvió a reaccionar, rápido, se sentó y abrazó a su hermana levantándole la cabeza suavemente. Recién ahí el padre se dio cuenta de que estaban las dos. Orli tosió y vomitó agua, cuando pudo moverse se inclinó hacia el costado en posición fetal. Bea tomo la misma posición y la abrazó.

Llegaron al muelle. Don Talavera, que había visto la lancha en la costa, se acercó a recibirlos. No dijo nada, solo los acompañó hasta la casa. El padre llevaba a Orli en brazos, la

acostó en la cama del viejo, Bea se quedó dormida sentada en una silla, a su lado. Cuando se despertó, todo estaba en calma. Se levantó y caminó hasta el muelle. El viejo Talavera estaba sentado en la punta, con las piernas colgando y los pies en el agua. Quieto, en silencio, esperando, como se espera en la pesca.



DESPEDIDA

Abrí la alacena y saqué la lata en donde siempre se guarda la yerba para el mate, pero esta vez no había nada. Apagué el agua que había puesto a hervir y, como un reflejo, saqué la pava de la hornalla.

Me senté en la mesa de la cocina, abatida por el olor a orina que tenía impregnada toda

la casa, el olor a orina y la casa llena de escupitajos; eso desde siempre, toda la vida papá escupió, él decía que era por la alergia, en una época intentó escupir en un pañuelo que guardaba en el bolsillo del pantalón pero duró poco; los escupitajos quedaban por toda la casa. Regurgitaba con un sonido estentóreo y después escupía con fuerza, más de una vez me despertó el ruido de la primera escupida de la mañana. Un día, apurada para ir al colegio, pisé una escupida y me resbalé, caí por la escalera.

Miré hacia la puerta de entrada y luego hacia

la puerta que conecta al living, la madera nunca estuvo tan percutida por los años, pensé. Los muebles de la cocina, la mesada, las sillas y la mesa, cubiertos por un velo mortuario. Reconocí todo, era imposible no reconocerlo. Me resultaba tan familiar y al mismo tiempo tan extraño que me daba bronca.

Los hijos tenemos que estar preparados para poder enterrar a los padres, pensé al mismo tiempo que inhalé una bocanada de aire por la boca y apoyada en la mesa me levanté.

“La yerba tiene que estar en alguna parte”, me dije a mí misma y salí hacia el living a

revisar la cómoda. Antes, en las épocas de juventud y de abundancia, guardaban lo que no entraba en la cocina en la cómoda del living.

Abrí las puertas, pero solo encontré una pobreza patética. Había paquetes de galletitas con vencimientos de más de un año y papel higiénico. La casa estaba llena de papel higiénico.

—Andá a comprar papel higiénico que queda poco —me dijo ayer papá cuando le pregunté si necesitaba algo. No le discutí, el viejo no está para que se le discuta nada. Los dos lo sabemos bien. Cuando llegué, a simple vista

ya me di cuenta de que hay rollos de papel higiénico por toda la casa. Es una de las dos preocupaciones que ocupan su vida. Cagar y el agua.

—Negra, negra. Fijate si el tanque está prendido —me gritó papá desde arriba.

—Sí papá, ahora salgo y me fijo, no te preocupes —le contesté.

“Negra”; así le decía a mi vieja, y ahora me llamaba así a mí. No estoy segura de que papá sepa en todo momento quién soy.

Abrí la puerta de la cocina y la luz del sol irrumpió a borbotones, corrí la cara porque

los ojos se cerraron como reflejo ante tanto sol. Recién ahí me di cuenta de que ya era media mañana.

El pasto del jardín estaba lleno de manchones amarillos. Más muerto que vivo, ese jardín era un páramo. Si papá ve esto se muere, pensé y casi sin poder evitarlo comencé a reír. “Si usted sigue fumando y tomando así, se va a morir”, le dijo el médico la última vez que fue.

Él se levantó de la silla y antes de irse lo miró al médico y le dijo: “Usted dice que si dejo de fumar y de tomar no me voy a morir”,

cerró la puerta del consultorio con una risa burlona. Esa fue la última vez que aceptó ver al doctor.

Escuché al viejo que cruzó la pieza, arrastrando los pies con sus pasos hacia el frente y hacia los costados sin levantar las chinelas del suelo. Escuché también las dos veces que regurgitó mientras caminaba.

—Negra, abrí la puerta y dejá que entren los perros —me gritó ya en el pasillo.

El último perro se había muerto hacía un mes, pensé en recordárselo, pero no sé. Prefiero creer que cuando termine de bajar

la escalera ya se habrá olvidado del asunto del perro.

—Negra —volvió a gritar mi viejo.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
[Argentina](#)